

na," en los "Libros de Lectura," de Mantilla, y en otras colecciones de poetas del Continente.

Cada vez que se leen esos apólogos, tan originales como instructivos, agradan más, por su estilo sencillo y por lo profundo de las enseñanzas que contienen. Pero se necesitan dotes, de que, por desgracia carecemos, para aquilatar en crítico análisis todo su valor; porque así como es fácil llenarse de admiración ante uno de los cuadros de Rafael ó de Miguel Angel, que extasían hasta á los más profanos; es muy difícil juzgar, desde el punto de vista estético, la corrección de las líneas, la maravillosa armonía de las formas, lo delicado de las sombras y lo admirable de la unidad artística del conjunto.

¡Ojalá que al estudiar las primorosas composiciones de Goyena, no nos suceda lo que suele acontecer al que se acerca al objeto de sus amores, que después de tener en la mente tanto que decirle, puede apenas con pálidas frases expresar la pasión que le inspira! En todo caso, repetiremos las palabras con que comienza el discurso que nuestro laborioso compatriota don Alejandro Marure escribió acerca de las fábulas que vamos á analizar: "El sabio no necesita de elogios, sus obras son su mejor panegírico."

IV.

Cuando la mitología pagana nos refiere que el oráculo de Delfos aconsejó á Esopo que difundiese verdades importantes, por medio de sencillos ejemplos, nos revela en cuánto aprecio tendrían aquellos apólogos, los que, en su fogosa imaginación forjaban dioses, y poblaban de seres ideales las esferas del arte; pero dedúcese del consejo mismo del augur, cuán difícil será, por medio de un sencillo poema, en que bajo la piel ó la pluma de los animales, se retrata á los hombres, enseñar máximas que, á lo profundo y moral, reúnan el atractivo de la sinceridad y de la gracia.

Para que esas pinturas logren el fin que deben proponerse, no basta bosquejar en fáciles versos, de correcta expresión y cortes académicos, una verdad útil. Se hace preciso disfrazarla con el ropaje de la alegoría, dándole risueño colorido, por medio de apropiadas imágenes, y haciendo que á la variedad del relato, y á la rapidez y riqueza de la pintura, se una la discreción del autor, á fin de ocultar el artificio del poema. Para reunir todas estas condiciones en la práctica, se requiere genio poético especial, que es dón del cielo. En esa misma simplicidad que aparentan los animados diálogos de las bestias; en esa naturalidad de caracteres; en esa fidelidad de pinturas, hay un arte tan difícil que no es dado sino á muy pocos encontrar colores en su paleta para cuadros tan finos. "Mucha sal ática, un estilo elegante, la más profunda filosofía, raro buen sentido, y saeta de dorada punta, se necesitan para seguir las huellas de Pilpay ó de Fedro: necesitase la ingenuidad de La Fontaine, la simplicidad de Ratisbonne, la agradable enseñanza de Hertenbusch." En efecto, las fábulas son como esos espejos portátiles que, por pequeños, deben ser de riquísimo cristal, para que tengan valía; son como esas miniaturas de mérito irreprochable, que se examinan de cerca y hasta con lente, una vez que de otro modo ninguno las aprecia; son copias animadas de escenas que nos parece ver, al través del velo de la ficción, como sucede tomando al acaso cualquiera de las de Goyena. Por ejemplo:

El Jinete y el Potro.

Trátase de domar un fuerte potro,
Se ofrece un guapo y dice con viveza:
"Yo lo voy á montar, no ha de ser otro."

Mientras aquél se ensilla y adereza,
Se prepara también el guapetón
Para la grande, peligrosa empresa.

Ajusta las espuelas al talón,
Y acomoda en la mano la zurriaga;
Pero uno dice allí por compasión:

—¿Quieres que ese animal pedazos te haga
Si con esos estímulos se irrita?
Cuidado con el potro que no amaga.

Deja el azote, las espuelas quita,
El agarrarse bien y fuertemente,
Es lo único que aquí se necesita. —

Pero risueño el domador valiente
Tiene por excusada, necia y tonta
La advertencia de aquel impertinente.

Y con resolución confiada y pronta,
De juicio y de temor no menos falto,
Con un brinco ligero el potro monta.

Este puesto en dos piés sube tan alto
Sacudiendo la carga no consueta,
Con uno y otro furibundo salto.

Las piernas contra el bruto el otro aprieta
Por más seguridad cual se requiere
Para sentarse bien á la jineta.

La espuela entonces con sus rayos hiere
Al potro que sintiendo la aspereza,
Con la furia tragarse al mundo quiere.

Ya mete entre las manos la cabeza,
Sobre ellas elevando el cuerpo entero,
Da las coces á pares con franqueza.

Ya en los piés apoyándose ligero,
Sobre su pecho con furor bracea,
Como luchando con el aire fiero.

Con vibratorio impulso corcobeo,
Arrojando la boca espuma blanca,
Mientras tanto el jinete balancea.

De la silla que ocupa ya lo arranca,
Ya lo postra de bruces sobre el cuello,
Ya de espaldas lo tiende sobre el anca.

Agitado no alcanza ni resuello;
Con todo eso, le pega un zurriagazo....
¿Pero, qué ha sucedido? ¿qué es aquélllo?

¿Qué desgracia! ¡Infeliz, pobre guapazo,
Cómo sin alas por el aire vuelas!
¿Qué golpe tan terrible, qué porrazo!

Estimular con látigo y espuelas
A un indómito potro cimarrón,
Es avivar la juvenil pasión
Con versos amorosos y novelas.

La enseñanza moral se deriva de ese símil tan apropiado como bien desenvuelto. No huelga nada en el relato, ni se nota el menor esfuerzo en la conclusión. Allí la juventud, con su ardoroso frenesí de goces é impresiones, aseméjase al potro idómito que no soporta acicates. Como le lastiman y excitan, así también esas novelas procaces y esos versos eróticos y libres corrompen y vician los inexpertos corazones. Cuando Goyena escribió aquella fábula, apenas se conocían en Guatemala libros de imaginación, como el Quijote, Fr. Gerundio de Campazas, Gil Blas de Santillana, el Diablo Cojuelo, y otros que llegaban á la América de contrabando. Aún no había sobrevenido el lurge de novelas que inundan hoy las bibliotecas, y que, si no carecen de mérito literario, exhiben á la luz del sol lo más impúdico, lo más inmoral, lo más libidinoso de ese naturalismo co-

rrompido y corruptor; de esa nauseabunda escuela, que desgraciadamente tiene en sus filas genios como Gauthier, Zola, Daudet, y el imitador López Bago. La huella que en almas juveniles tal lectura marca, es más sangrienta, es más profunda, que la que imprime la acerada espuela en el belitre, indómito corcel. Esas historietas, tan bien escritas como impúdicas; tan llenas de atractivos como peligrosas; producen en el corazón impresionable de una joven el mismo efecto que causa el hielo en la mañana de las flores: las deja como petrificadas, sin vida, sin brillo, sin perfume. Podría decirse de ese naturalismo, que apadrina el crimen y la prostitución, lo que Virgilio dijo de las Arpías:

“Contactuque omnia fœdant.”

Tal vez estas ideas no cuadren bien á la desenvoltura de ciertas gentes que, con sonrisa irónica, hallarán en nuestro modo de pensar algo como la estrechez de miras de un cenobita ó los nimios escrúpulos de una monja.—¡Que dijera todo aquéllo el fabulista del siglo pasado,—exclamará algún mozuelo de naciente bozo y de libres tendencias—sea en buena hora; pero que, en pleno siglo XIX, se declame así contra la libertad de leer, es anacrónica persistencia, es retroceso!—No sabemos que será, ni si los calificativos que quisieran dar á nuestro humilde juicio fueran justos; porque no es raro ver que los epítetos significan á menudo lo contrario de lo que las palabras valen en su verdadero y genuino sentido. Sólo nos será lícito observar que Goyena no fué dado á hipócritas arterías, ridículas exigencias, ni risibles trabas; y que por lo demás, no hace mucho tiempo que en Berlín el director general de policía decomisó dieziocho mil volúmenes de esa clase de obras, existentes á la sazón en venta pública. En países como Inglaterra y los Estados Unidos, que disfrutaban de libertad bien entendida, han prohibido el tráfico de tales libros; porque creen que, así como la libertad de cultos no alcanza á tolerar los sacrificios de víctimas humanas, tampoco la libertad de escribir llega

hasta sacrificar en plazas y calles, con criminal cinismo, el pudor, la moral y la decencia. La libertad, esa diosa tutelar, no soporta maridaje con el mal.

Por lo que respecta al fondo de los poemas alegóricos que estamos examinando, cabe asegurar que reinan en todos ellos la moral más pura, los consejos más saludables y las indicaciones más sanas. Bien sabía el autor que el apólogo es algo divino que no debe prostituirse. En los tiempos antiguos atribuyóse á Sócrates; como que era, según el criterio de la época, el mortal que más se acercaba á los dioses, y que originó la filosofía más elevada. Si alguna epístola, y los apólogos “Los Gatos en Brama” y “El Prelado y su Discretorio,” pudieran dar margen á censura ó reproche, son á la verdad pequeños lunares que no afectan el fondo general de la poesía gnómica del doctor Goyena. Previó con clarísimo talento, que el escepticismo y la incredulidad de los enciclopedistas serían para nuestro siglo una fuente de desastres; y compuso, bajo el influjo de tales impresiones, una de sus fábulas más originales, de animado diálogo, de versificación suelta y de intención profunda. Hela aquí:

La Araña y la Oruga.

Bajo un vaso cristalino
Suelo encerrar las orugas,
Para saber cuándo y cómo
En mariposas se mudan.

Este insecto, por instinto,
Para la muerte acostumbra
Disponerse en un retiro
Lejos del comercio y bulla.

En abstinencia perpetua,
Y con vigilancia suma,
Sus postrimeros instantes
Toda su atención ocupan.

De cierto humor glutinoso
Que de sus entrañas purga
Con delgados hilos teje
Las fatales ligaduras.

Contra lo terso del vaso
Repetidas hebras cruza,
Y sobre ellas sus cenizas,
Y las esperanzas funda.

Allí con impulso propio
La antigua piel se desnuda,
Y bajo el nombre de ninfa,
Una bolsa lo sepulta.

Pasados algunos días,
En que el calor la fecunda,
Ya mariposa brillante
Sale volando de la urna.

Observando este portento
Una vez, como otras muchas,
Ví en un pequeño resquicio
Que estaba una araña oculta.

Entre el vaso y la pared
Extendió su tela, astuta,
Con cuyo doloso arbitrio,
Su efímera vida busca.

Atisbando cautelosa
A un gusano en su clausura,
Entre dientes murmuraba,
Haciéndole mofa y burla.

“¡Qué raro tema, decía,
El que á este bicho preocupa!
No come, bebe, ni duerme,
Pensando sólo en la tumba.

¡Pobre diablo! con qué empeño,
Con qué calor, y qué furia
Ha tomado por oficio
Labrarse la sepultura.

Las entrañas se devana,
Y para morir madruga,
De las delicias se priva,
Y hasta el pellejo renuncia.

Yo también me desentraño,
Pero por la causa justa
De procurarme la vida
Y placeres que la endulzan.

Al solo nombre de muerte
El cuerpo se me espeluzo,
Su más remoto peligro
Me hace guardar esta gruta.”

Oyólo todo el gusano
Y con su voz moribunda
Le dijo: “Los dos tenemos
Razón en nuestra conducta.

Tú, que otra vida no esperas
Más que la presente, gusta
De sus placeres, y teme
Que la muerte los destruya.

Yo voy alegre al sepulcro
Y aun lo prevengo de industria,
Porque la muerte es el medio
De mejorar mi fortuna.

Ahora soy gusano humilde
Que me arrastro con angustia
Y mañana ave del cielo
Volaré por las alturas.

Lo mismo decir pudiera
Un fraile de la cartuja,
Contestándole á Voltaire
Los sarcasmos y las zumbas.

Siglo que ilustrado llaman
Las arañas de que abundas,
Aprovecha las lecciones
Con que un gusano te alumbra.

En esa composición, como en otras varias del autor, campean la armonía, ligereza y naturalidad, con lo sencillo de las descripciones y lo bien escogido del asunto. Cuando Goyena pinta los objetos, por medio de versos que parece brotaran de su pluma sin trabajo alguno, nos los presenta de bulto, como para que un dibujante los trasladara con fidelidad á un lienzo.

¿Quién pudiera describir, con tal destreza, el porte y gallardía de un corcel, que

El diestro jinete pone
Su docilidad en prueba,
Y él corresponde obediente
Al manejo de la rienda.

Ya sofrenado reprime
Contra el pecho la cabeza,
Formando del cuello un arco
De largas, lustrosas cerdas.

Tasca el espumoso freno:
Las manos con pausa alterna,
Todo el cuerpo equilibrado
Sobre las partes traseras,
Bufa y la hinchada nariz
Con el resoplido suena:
Su larga tendida cola
En el movimiento ondea.

Ya soltándole la brida,
Y aplicándole la espuela,

Tiende el cuerpo, y se dispone
A la rápida carrera.
Con ambas manos á un tiempo
El suelo hiere, y con ellas,
Y los piés horizontales,
Describe una línea recta.

Esa fábula, que por extensa no hemos insertado íntegra, demuestra una verdad que, aunque palmaria, no ha sido generalmente acatada en estos países de origen español, que sin curarse de la educación política del pueblo, han consumido su juventud en infecundos ensayos casi siempre, y en estériles luchas fratricidas. La educación es la base de la libertad:

El hombre, sin las costumbres
Que la educación engendra,
En lo político toca
A la clase de las bestias.

Mientras no existan en la masa social de la América latina la educación cívica y la moral cristiana, como en los Estados Unidos, seguirán los canchales de la teocracia, ó del militarismo, devorando las entrañas de la más bella porción del Nuevo Mundo.

En el apólogo "La Cocinera, las Gallinas y las Palomas," se contiene en salientes y breves rasgos, una lección elocuentísima desentrañada de un caso, como dice el mismo poeta,

Que, aunque común y trivial,
Bajo un político aspecto
Tiene algo de novedad.

Ví á la vieja cocinera
Acercarse al palomar,
Y á los pichones sin susto
A vista del gavilán
Cogió de ellos los precisos

Para el gasto familiar,
Y pasóse al gallinero
Que allí colindante está.

Quiso coger una polla,
Y al hacer el ademán,
El gallo puso los gritos
En el cielo y más allá.

Las gallinas lo siguieron
Todas de conformidad,
Cacareando en varios tonos
Sin concierto ni compás.

La vieja quedó aturdida
Con el grito general,
Y, apretando entre las manos
La cabeza, volvió atrás;

Cerróse trás sí la puerta
Del bullicioso corral,
Y viéndose afuera, dijo:
"Dios me libre, nunca más:

Reniego de las gallinas
Y su mucho cacarear;
No se puede coger una
Sin que griten las demás.

Aténgome á mis palomas
Que con gran sosiego y paz,
Metidas en sus casitas,
Las cojo de par en par.

Ciudadanos españoles,
Los que en Guatemala estáis,
Las gallinas os enseñan
Cual es la *acción popular*.

Quien agravia al individuo
Ofende á la sociedad,

Y da motivo á la queja
Y clamor universal.

Muy largo fuera, aunque agradable siempre, ir examinando cada fábula de la preciosa colección que en este momento tenemos á la vista. ¿Cuál merecerá entre todas la primacía? Difícil es indicarlo, cuando hay en unas colorido tan peculiar de costumbres nacionales, que todo es nuestro, hasta las aves que en ellas figuran; hasta los nombres provinciales que no desdeña el poeta, como sucede en la de "Los Sanates y el Loro," "El Zopilote con Golilla," "Los Sanates y el Burro." En otras, se encuentra inimitable belleza descriptiva, como en "El Venado, la Serpiente y la Paloma," que aduna lo ingenioso de Esopo á lo hábil de Fedro, y espiritual y profundo de La Fontaine. En todas se ostenta la flexibilidad, si se puede decir así, del alma del escritor, que sigue perfectamente cuanto movimiento ejecuta el sujeto que analiza. En ninguna se echa de menos la unidad de plan, lo sobrio del relato, lo animado de la descripción, lo ameno de la trama y lo elegante del ritmo de la lengua de Castilla. No es dable, pues, atreverse, con candorosa suficiencia, á escoger la mejor fábula de Goyena, así como escoge con satisfacción, en uno de esos variados y suntuosos almacenes, un abanico ó un ramo de flores, la fastuosa y presumida coqueta; vale más en tal caso, ser como el niño inocente que, ante el brillante surtido de juguetes, que alhagan su imaginación y deslumbran su infantil deseo, permanece por momentos indeciso, y quisiera después abarcarlos juntos con sus torpes manecitas. No podemos, sin embargo, resistir á la tentación de copiar el acabado apólogo que se intitula.

El Mastín y la Rata.

En la opulenta vivienda
De un ricote, estaba echado

Un grande mastín cebado
De éstos que guardan la hacienda.
Una rata reverenda
Mirando el paso seguro,
Dejó el subterráneo obscuro
En que tiene domicilio
Para pedirle su auxilio
En un gravísimo apuro.

Llega con modestia grata,
Ante el perrote se humilla
Y en tales términos chilla
La humilde y tímida rata:
"Si entre los hombres se trata
De excitar la humanidad,
Yo tengo necesidad,
En mis crecidos tormentos,
De implorar los sentimientos
De vuestra animalidad.

Soy una mísera viuda,
Que á seis hijitos mantengo,
Y bajo del sol no tengo
Una alma que esté en mi ayuda.
Me ha jurado guerra cruda
Un gatazo fementido
Que acabó con mi marido,
Con mi madre, con mi abuela,
Y á toda mi parentela
Tiene un odio envejecido.

No vivo libre un momento
De continuos sobresaltos,
Recelando los asaltos
De este enemigo sangriento.
Cuando busco el alimento
Necesario á mis menores,

¡Con qué sustos y temores,
Y qué precauciones gasto
Para no servir de pasto
A sus dientes trinchadores!

Aunque es tan cruel y terrible
Para nosotros, con todo,
Se conduce de otro modo
Ante tu aspecto terrible.
A sólo tu vista horrible
Se eriza todo el gatazo,
Pone en arco el espinazo
Cola y orejas encoge
Y en algún rincón se acoge,
Temiéndose algún fracaso.

Siendo, pues, tan superior
Por tu fuerza y valentía
Y tanta la cobardía
Del tirano mi opresor;
Será para tu valor
Muy pequeña esta victoria,
Pero eclipsará la gloria
De toda la gatomaquia,
Y desde Lempa al Valaquia (23)
Celebrarán tu memoria.

A esta infeliz patrocina,
Tu noble esfuerzo me valga,
No permitas que se salga
Esta fiera con mi ruina.
A tu cólera canina
No puede hacer resistencia;

(23) El Lempa es un río de la república de El Salvador. El Valaquia es otro río de Chile.